



**CAMAPESINA, 1961**

GRITO PARA UN SILENCIO  
*Franck González*

## GRITO PARA UN SILENCIO

*Frank González*

Antonio Padrón

Campesina, 1961

Lápiz y tinta china sobre papel

31 x 24 cm.

Colección del Centro Atlántico de Arte Moderno

Cabildo de Gran Canaria

Reg. 175/ 92

El dibujo de Antonio Padrón que aquí nos trae esta noche, Campesina, fue adquirido por el Cabildo Insular de Gran Canaria en 1985 a los herederos del artista, conservándose en la Casa de Colón hasta 1992, fecha en la que es trasladado al Centro Atlántico de Arte Moderno en donde hoy mismo puede verse expuesto en el contexto de la muestra "La Colección".

No es ésta una de la obras más conocidas de Antonio Padrón (Gáldar, 1920-1968). Sin embargo, he querido traer este pequeño papel porque contiene, a mi entender, una parte significativa del aparejo poético del pintor galdense.

No cuelgan aquí jareas de la liñas, ni nos asaltan extrañas santeras alongadas en el tiempo. Tampoco se suceden los trabajos del campo ni sus juegos. Tan sólo una cabeza de campesina en blanco y negro. Un perfil afilado que se recorta sobre una masa asfáltica en el escaso vano que se abre entre pañoleta y cuello. Los ojos, reventados como cuencas muertas. La boca, animal, desmesurada, quebrada en un grito que no

acaba de surgir. Tan sólo una cabeza de campesina a la que Padrón niega su lugar en el mundo. No hay ninguna llamada a fuera. Ningún animal, ninguna casa, ningún barco, ningún cercado. No queseras, no ceretos, no aulagas ni tuneras. Nada excepto la mirada rota. Por negar, hasta le ha negado a esta campesina el recurso, esencial en su pintura, el color. Padrón la ha desnudado de todo para, bañada en negro, deslindar el quebranto. Corre 1961 y acaba de cerrar su segunda exposición individual en el Gabinete Literario. Ha presentado veintiocho obras y se inician ahora sus primeros tanteos en torno a un informalismo que llegaba a la villa y corte de la mano de Manolo Millares. Tanteos que toman forma de jiñeras millarianas en un recorrido mimético que felizmente abandona al considerarlo éticamente inmoral. Más en Padrón, que rehuye el concepto de escuela, encontramos inquietantes complicidades con el espíritu de El Paso: Algo del negro trazo de Saura parece querer alzarse sobre esta campesina recortada contra su propio tiempo. Una mujer vaciada, cicatrizada. Campesina que adquiere la identidad de un pueblo sometido al brutal silencio de los perros pagados de la noche. Una noche que ciega sus ojos vacíos. Los mismos perros que se acechan otra campesina que se erige en el Pabellón de la República de 1937: La Montserrat que nuestro pintor parece homenajear. Las campesinas, tema recurrente tanto para Julio González como para Padrón, deslindan cuerpo y pueblo. Desposeídas de todo aquello que la tierra podría brindarles son la viva imagen del coraje de vivir. De asaltar la alacena de la ilusión día a día en un nuevo episodio de la España Negra de Solana. Un recorrido de ida y vuelta hacia las raíces del dolor para señalar una nueva esperanza. Un proceso iconográfico que también retomará en sus acercamientos al modelo de la Piedad.

Este papel, despojado al fin de la banalidad de lo inmediato se nos revela como un nuevo espejo de paciencia en el que Padrón parece quisiera reconciliarse, en silencio, quedo, con aquellos sombríos perros de la noche que al caer el sol dibujan sobre la piel la razón a dentelladas. Ajena a su tiempo, esta campesina, como el personaje del cuadro de Munch, continúa sin poder alzar su grito desde el silencio.